



PAZ Y BIEN



Natividad del Señor

25-XII-2025



Textos:

Is. 52, 7-10.

Heb. 1, 1-6.

Jn. 1, 1-18.

“La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la percibieron” (Jn. 1, 5)

“Ha amanecido para nosotros un día de fiesta, que retorna todos los años; hoy es la Navidad de nuestro Señor y Salvador Jesucristo: la Verdad que ha brotado de la tierra (Sal. 85, 12). El Día del Día ha nacido en uno de nuestros días: ¡Alegrémonos y regocijémonos en él! (Sal. 118, 24)”. Con estas palabras de san Agustín nos sumergimos en este gran misterio de nuestra fe: el nacimiento del Hijo de Dios.

Es san Juan, con su grandioso Prólogo, el que despliega ante nosotros toda la plenitud del plan divino de la salvación. Este bello y profundo pasaje del evangelio de Juan, nos recuerda que entre los evangelistas es llamado el águila por la sublimidad de sus escritos, donde Dios nos revela los más altos misterios de lo sobrenatural.

Hermanos, la Navidad no es poesía, no es un cuento de hadas, no es un acontecimiento que foguea el consumismo. Lo que celebramos es que por la encarnación se nos hizo presente el esplendor de la Verdad y su luz brilló en las tinieblas, iluminando las inteligencias y modelando la libertad de los hombres. Dios entra en la fraternidad de los hombres, en Jesús Dios se hizo nuestro hermano.

“De la luz que es el Padre salió la luz que es el Hijo” (S. Hipólito). Y este Hijo hecho hombre es la *“luz verdadera que ilumina a todo hombre”* (Jn. 1, 9). Por esta Luz llegamos a ser *“luz en el Señor”* e *“hijos de la luz”* (Ef. 5, 8). Y nos santificamos obedeciendo a la verdad que es Jesús (cfr. Ver. Spl. 1). Esta obediencia a la verdad, este dejarnos iluminar por Cristo no es fácil, ya que no siempre vivimos como hijos de la luz. Solemos ser atraídos y fascinados por las tinieblas y tentados continuamente a apartar nuestra vida de Dios, y la dirigimos a distintos ídolos, perdiendo nuestra capacidad para recibir la luz, para conocer la verdad, quedando ofuscada y debilitada nuestra voluntad para someternos a ella (cfr. id.).

San Juan, en el Prólogo, nos enseña que la Palabra encarnada, Cristo, es la segura revelación de Dios. No debemos buscar a otro, Cristo es el único

punto entre nosotros y la vida de Dios, por quien fuimos, queramos o no, creados y a la que estamos destinados.

Hermanos, al celebrar la Navidad afirmamos que Jesucristo es la luz, porque nos revela el misterio de Dios (Jn. 1, 18). Un corazón que celebra es un corazón que se abre a esta luz, y esto nos hace hijos de la luz, hijos del Padre de las luces. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres, nos dice san Juan (Jn. 1, 4).

Al contemplar el pesebre descubrimos la luz, allí *“amanece la luz”* (Mt. 4, 16). Esta luz no se manifiesta en el ruido, es una luz oculta en el silencio de Nazaret y la paz nocturna de Belén, que se manifestará a todos. Es la luz del mundo (Jn. 8, 12). Y en esta Luz debemos caminar para ser hijos de ella (Jn. 12, 36). Es una luz que nos hace libres porque es la luz de la Verdad.

Al acercarnos al pesebre también nos acercamos al misterio de la Bondad y esto nos purifica, nos da ganas de ser buenos porque abrevamos en la fuente de toda bondad.

El pesebre también nos marca un rumbo, es el camino que da vida y no muerte; frente al relativismo, marca el camino de la verdad y no del engaño.

Con la Encarnación, Dios ha entrado en fraternidad, pero es necesario seguir la Encarnación hasta el final y lo más extraordinario del misterio de la Encarnación no es que Dios se haya hecho hombre, sino que el hombre esté en Dios. De ahora en más hay fraternidad con Dios. *“Poder entretenerse con él –dice S. Bernardo–, si no de igual a igual, al menos de semejante a semejante”*.

En definitiva, esta es la causa de la alegría de la Navidad. La alegría que nos causa la Navidad es para compartirla; somos iluminados por *“la luz que brilla en las tinieblas”*, *“la luz que cambia el mundo”* (Benedicto XVI), y nosotros somos testigos de esta luz ante los hombres.

A esta luz debemos acercarnos, para convertirnos en *“una de las luces más pequeñas”* que Dios enciende en la historia y así traer luz al mundo. La luz que ha venido para iluminar a todo hombre (cfr. Benedicto XVI).

La luz que transmitimos es Jesucristo, que está cada vez más ausente de la iconografía popular de nuestra cultura. El es *“Luz de los pueblos”*, que ilumina el rostro de la Iglesia, la cual es enviada por Él para anunciar la Gran Noticia a toda criatura (cfr. Mc. 16, 15) (cfr. Verit. Spl. 2).

Isaías nos recuerda que somos portadores de la Buena Noticia, proclamamos la paz, anunciamos una fidelidad nueva y distinta, en

definitiva, somos los mensajeros gozosos que proclaman la salvación. *“Anunciar a Jesús es nuestro gozo”*.

Hermanos, los que creemos que el Hijo de Dios se hizo hombre, tenemos la gran responsabilidad y tarea, ante nuestro pueblo hambriento de esperanza, luz y consuelo, de transmitirle la Luz que fundamenta su fe, su fidelidad y su esperanza en Dios. *“Esa luz nace en Belén, es recogida por las manos maternas de María, por el cariño de José, por la rapidez de los pastores. Y ellos se hacen cargo de la esperanza de todo un pueblo”* (Mons. Bergoglio).

Pidamos al buen Dios, que la Iglesia sea en Cristo luz de las naciones, especialmente pidamos por la Iglesia que peregrina en Argentina, para que esté siempre viva la conciencia de su deber de iluminar el camino de los argentinos con la luz de Cristo; que construya espacios de comunión y encuentro. Y que María, Madre de la Luz, nos acompañe y nos ayude a ser fieles discípulos y misioneros de su Hijo, *“El Dios con nosotros”*.

Pidamos al buen Dios ser generosos y superando toda pereza, ser testigos de esta esperanza y gozosamente, con san Agustín, proclamemos:

*“¡Alégrense, justos: es la Navidad de aquel que justifica!
¡Alégrense, prisioneros y enfermos: es la Navidad del Redentor!
¡Alégrense, todos los cristianos: es la Navidad de Cristo!”*

Amén.

G. in D.